

EN ÓRBITAS EXTRAÑAS I:  
LA NIÑA PERDIDA

Ramón Somoza



A sus diez años, Tanit es un genio. Es la astrobióloga más joven de la historia, y es por ello que se le ha autorizado a viajar a la recién fundada colonia de Thuis, a cincuenta años luz de la Tierra. Tanit al fin volverá a ver a su madre, que se fue a la colonia dos años atrás. Lo que ni ella ni su padre saben es que algo horrible va a suceder, algo que hará que Tanit tenga que cuidarse sola en un universo hostil.

Título original: *La niña perdida*  
Ramón Somoza, 2013

Editor digital: Libros4  
ePub base r1.2

# En órbitas extrañas 01:

## La niña perdida

—Nuestra labor es estar en órbitas extrañas —ríe mi padre—. Pero esta vez la órbita es de lo más común. He perdido la cuenta de las veces que he orbitado la Tierra.

Miro con curiosidad por el ventanal. Es muy emocionante ver el planeta azul y blanco que es la cuna de la humanidad. Me gustaría visitarlo, yo nunca he estado en la Tierra, siempre viví en Marte, el planeta rojo. Pero no va a ser posible. En cuanto embarquen a los colonos, nuestra nave estelar partirá para Thuis, donde nos espera mamá.

No ha sido fácil para mamá, ni tampoco para mí. Ella se fue con la primera remesa de colonos a ese planeta que está alrededor de una enana roja en la constelación Dorado. Un planeta muy parecido a la Tierra, me dicen, aunque con un poco más de gravedad. El segundo planeta que los seres humanos hemos colonizado fuera del sistema solar.

Mamá, por supuesto, tuvo que ir. No hay mayor experta que ella en exobiología en todo el Sistema Solar, y su presencia en esta colonización era esencial. Cuando colonizaron Zeta, toda la colonia estuvo a punto de morir debido al ecosistema que se encontraron. Una fauna y flora tan extraños que no supieron en absoluto a qué se enfrentaban. El Ministerio de Colonización aprendió la lección. No se puede asentar una colonia en un nuevo mundo sin conocer la biología del planeta en cuestión.

Me tuve que quedar con la tía Ethel. Nada de niños en una primera colonización, es demasiado peligroso. Y papá no podía cuidarme, es piloto explorador. Fue precisamente él quien descubrió Thuis. Cuando aterrizó fue

él también quien le dio su nombre, en holandés: Thuis, el hogar. Dijo que si alguna vez se retiraba, sería allí, que aquello sería como el hogar. Después de ver los hologramas que trajo de vuelta comprendo el por qué lo dijo. Fue la razón principal por la que mamá aceptó ir, dejándome atrás, con sólo ocho años. Marte está terraformado, pero aun así, es un planeta duro. Thuis, en cambio, dicen que es incluso mejor que lo que fue la Tierra en su día. Mis padres piensan que será un gran lugar para mí. Más vale que lo sea. Porque me ha quitado a mi madre durante más de dos años.

Me imagino que soy un bicho raro, incluso para Marte. De entrada, soy blanca, y además rubia. Papá es de origen holandés, mamá es una mezcla de sueca, canadiense, austríaca y española; sus padres vinieron directamente de la Tierra. Nada que ver con la mescolanza de razas que hay en Marte. Pero también soy pequeña para Marte, donde la menor gravedad hace que la gente sea más alta. Tengo una altura algo superior a la que tiene una chica de mi edad en la Tierra, es decir, un poco más de un metro cincuenta. Pero todas mis amigas me sacan al menos veinte o treinta centímetros.

Hasta cierto punto es lógico. Hace casi tres años que llevo el equivalente a más del triple de mi peso encima; uso un intensificador de la gravedad. Es muy incómodo, pero es necesario si quiero volver con mamá. Y es que al ser la gravedad de Marte el 38% de la gravedad de la Tierra, no podría ni sostenerme de pie cuando llegase a Thuis, de ahí que me haya estado preparando. Mis amigas en Marte son mucho más ágiles que yo, puesto que pesan la tercera parte de lo que aparento pesar yo. En cambio, yo soy muchísimo más fuerte. Ni siquiera los chicos mayores se atreven a meterse conmigo. El último que lo intentó terminó con un hueso roto, y eso que no pensaba lesionarle. Yo no soy tan frágil como ellos. De hecho no soy nada frágil. Es lo que tiene vivir permanentemente con 1,3 ges. En esta nave, con sólo una gravedad terrestre, me siento bastante ligera. Tengo que cuidar mis movimientos, tengo tendencia a aplicar demasiada fuerza.

Por si fuese poco, he superado el entrenamiento de colono. No se puede colonizar un planeta sin ese entrenamiento; la supervivencia, por muy paradisíaco que pueda parecer un planeta, es esencial. Debemos saber sobrevivir. A algo menos de cincuenta años luz de la Tierra nadie nos podrá ayudar si surge un problema, si hay algún peligro, si ocurre una catástrofe.

Una nave estelar tardará seis meses en llegar, suponiendo que haya una disponible cuando llegue el mensaje de socorro. Si no sabemos defendernos nosotros mismos habremos muerto para cuando llegue la ayuda. Pero a estas alturas sé cuidar de mí misma. Sé luchar, sé cazar, sé sembrar, sé construir una casa, sé entablillar un hueso, sé incluso cómo asistir a un parto u operar una apendicitis. El entrenamiento de colono no es nada fácil, y no han rebajado las exigencias por el hecho de ser una niña. He cumplido con todo el programa. El mismo programa que tiene que cumplir un adulto.

Voy con la tercera ola de colonos, pero sigo siendo la única niña. No empezarán a admitir niños hasta la quinta o sexta ola de colonización, cuando el planeta sea lo suficientemente seguro. Pero en mi caso han tenido que hacer una excepción. No es sólo que mamá sea imprescindible en la colonia. O que yo sea la única menor que ha logrado terminar el entrenamiento de colono. Ayuda que tenga un coeficiente intelectual que me califica como genio. Y que he terminado la carrera de astrobiología, con la especialidad de exobiología, lo que me convierte en un elemento muy valioso para la colonia. De hecho me convertiré en la ayudante de mamá. Soy la astrobióloga más joven de la historia, lo que me llena de orgullo.

El hecho que sea tan joven también tiene una ventaja: No me criogenizarán. Viajaré en la nave, con la tripulación, en vez de metida en un sarcófago helado con el resto de los colonos. Y como papá es el primer oficial de la nave, viajaré con él. No tengo tantas oportunidades de estar con papá, suele estar meses explorando, lejos del sistema solar.

Señalo hacia el espacio, hacia un pequeño punto en la lejanía.

—Me imagino que es la Estación Beta, ¿no? Porque como está en el L2...

Papá se ríe.

—Así es, mi pequeño genio. Creo que debes ser la única niña capaz de identificar las estaciones espaciales por los puntos de Lagrange en los que están situadas.

Me encojo de hombros, un poco incómoda por su halago.

—Papá, que eso es trivial...

—No tan trivial, jovencita —dice detrás de mí la capitana—. La mayor parte de la gente en la Tierra no sabe siquiera el qué es el L2. —Me mira con aprobación—. Por cierto, ya es oficial. No tienes que ir en crío.

Pego un saltito de alegría.

—¡Bien!

La capitana sonríe. Es una mujer negra, muy amable, ya mayor. Dicen que fue la que descubrió Zeta, hace ya tres décadas. Ella nunca habla de ello. Me imagino que no quiere recordar lo que le pasó a la primera colonia, por lo visto fue muy duro.

—S , pero te va a costar. Sabes que en esta nave no se admiten pasajeros. He convencido a Control que, puesto que eres astrobióloga, nos puedes ayudar con la instrumentación astrofísica, además de hacerte cargo del sistema informático secundario.

Abro mucho los ojos. Eso es mucho más de lo que podía esperar. Algo de prácticas reales antes de empezar en Thuis...

—Eso sería estupendo, Laura.

Saca una insignia de tela de su bolsillo, y la adhiere a mi ropa. Es la misma insignia que llevan todos los tripulantes.

—Capitana para ti, astronauta auxiliar Martín. Ahora formas parte de la tripulación.

Me pongo firme, como he visto que se pone papá.

—¡S , capitana!

Jurar a que se ha reído, pero igual me lo he imaginado porque se est  volviendo en dirección a papá.

—XO, la lanzadera est  a cien clics. Vaya a hacerse cargo del traspaso de los colonos, yo estar  en el puente.

Mi padre saluda. Tomo nota de cómo lo hace, a partir de ahora también lo tendr  que hacer yo.

—S , señora. —Mira en mi dirección—. Vaya a la sala de máquinas, auxiliar Martín. Póngase a disposición del oficial de máquinas. Quiero que comience a familiarizarse con el equipo astrofísico.

Repito su saludo, lo más serio que puedo. No est  hablando mi padre, es el oficial ejecutivo.

—S , señor.

Responde seriamente a mi saludo, y me voy. Aunque me parece que esos dos est n que se mean de la risa.

Cojo un carrito eléctrico para ir a la sala de máquinas. Podría ir andando,

pero es que tardaría un buen rato. Además, ahora soy un miembro de la tripulación, ¿no? No puedo estar perdiendo el tiempo paseando por ahí, y la nave es enorme.

Chispas está ajetreando, destripando una máquina que reconozco como un analizador de espectro. En realidad se llama Reinhard, pero todo el mundo le llama Chispas. Levanta la cabeza cuando entro.

—¡Hola, Tanit! —me saluda—. ¿Paseando?

—En realidad no, señor —respondo formalmente—. Soy su nueva ayudante.

Deja el destornillador en la mesa y me mira inquisitivamente.

—A ver, explícame eso.

Le muestro la insignia que la capitana ha pegado en mi ropa, y le repito la orden de mi padre. Se rasca la cabeza, pensativo.

—Bueno, no te voy a negar que me vendría bien algo de ayuda. Y aunque tengas diez años, sabes manejarte. ¿Te atreves a terminar la reparación?

Miro el analizador de espectro. A decir verdad, nunca he desmontado ninguno, aunque sé cómo funcionan. Pero siempre se me ha dado bien cacharrear con aparatos electrónicos, llevo ayudando a mis padres a hacerlo desde que supe cómo sujetar un destornillador eléctrico. Que había arreglado yo, por cierto.

—Necesitaré los manuales, señor. Pero sí, puedo hacerlo.

—Te daré un capón como me vuelvas llamar señor, Tanit, ya sabes que en esta nave no somos muy formales. Espera un momento, que te doy de alta en el sistema para que puedas acceder como tripulante, los manuales no están en la biblioteca común. —Se ajetreá un momento con la consola lateral—. Hecho. Pega un grito si necesitas ayuda, estaré con el condensador de flujo.

—De acuerdo, se... —Veo cómo levanta la mano, y me corrijo rápidamente—. De acuerdo, Chispas.

—Te llamaré Chispita —se ríe, y se va, dejándome con el analizador averiado.

Me registro en la consola con mis huellas dactilares. Veo que el menú ha cambiado, hay algunas opciones nuevas respecto a la última vez que entré en el sistema. Ni loca me atrevería a usarlas, podría hacer un buen estropicio en la nave. Seré oficialmente un tripulante, pero eso no significa que esté



calificada para hacer nada importante. Claro que el sistema probablemente tampoco me deje hacerlo.

Pero la biblioteca es otra cosa. Hay todo un panel nuevo, permitiendo acceder al registro de navegación de la nave, al manifiesto... veo que está cambiando progresivamente la masa de la nave, y entro para echarle un vistazo. Vale, están cargando los colonos. Van ciento setenta y dos. Mientras estoy mirando, aumenta el número. Ciento setenta y tres. Vuelvo al menú de la biblioteca y busco la sección técnica de la nave, sección equipos auxiliares. Ahí está el analizador de espectro. Abro el manual, le echo un vistazo por encima, y comienzo a trabajar.

Me lleva media hora terminar de desmontarlo, y otras dos horas averiguar el qué le pasa. La reparación es laboriosa, y me lleva otra hora. En cambio, sólo me lleva quince minutos montarlo. Realizo las pruebas funcionales, y parece que está bien. Según indica el manual, registro entonces la reparación que he hecho en el libro de abordaje, y la firmo con mi pulgar.

—¡Ya era siglo! —suspiro.

—Te has tomado tu tiempo —oigo la voz de papá.

Me vuelvo. Él y Chispas están cómodamente sentados en sendas sillas.

—¿Cuánto tiempo lleváis ahí?

—Como media hora. Pareces tu madre, cuando está enfrascada en su trabajo no se entera de nada. Chispas, ¿te importaría echarle un vistazo a ese analizador, a ver qué ha hecho nuestro pequeño genio?

—Claro.

El jefe de máquinas se levanta y vuelve a ejecutar el análisis funcional. Luego engancha el aparato a una toma de la nave y hace él una prueba con una señal al azar. Finalmente, comprueba el registro que he hecho de la reparación. Asiente, aparentemente complacido.

—No está mal. Con mucho esfuerzo podremos convertirla en una tripulante de verdad. Dentro de diez años. Le queda mucho que aprender.

—¡Chispas! —protesto.

Entonces se echa a reír.

—Sólo te estoy tomando el pelo, Tanit. Has hecho un buen trabajo. Hala, vete a cenar con tu padre y luego acuéstate. Te espero a las 08:00. Estás contratada.

Y así empieza mi primer trabajo, y nada menos que en una nave estelar.

Aunque a la mayoría de la gente le sorprenda, una nave estelar requiere una tripulación bastante pequeña. De hecho, en la *Sombra Lunar* —así se llama nuestra nave— hay normalmente sólo catorce tripulantes, quince si me cuentan a mí. El tamaño de la nave es imponente, nada menos que seiscientos metros de eslora, pero no se necesita mucho personal, casi todo es carga y los sistemas están automatizados hasta extremos increíbles.

Oficiales hay sólo tres, la capitana, mi padre y Chispas, que es el oficial de máquinas. Luego están los dos astronavegadores, los dos ingenieros de propulsión y sistemas de la nave, la cocinera, el responsable de comunicaciones, el responsable de los sistemas de criogenia y su ayudante, los dos encargados de los jardines hidropónicos y un marinero que es el chico para todo. Bueno, y yo.

Si bien a la capitana la saluda todo el mundo, pronto me doy cuenta de que Chispas tiene razón, aquí no son muy formales, casi parecen una familia. Y absolutamente todos parece que piensan que pueden tomarme el pelo. Eso sí, después de corregirles varias veces cuando creen que me pueden engañar empiezan a tratarme más en serio. Que seré una niña, pero he terminado una carrera universitaria y no me chupo el dedo, de algunas cosas sé incluso más que algunos de ellos.

Ello no quiere decir que sepa de todo, y para mi gran sorpresa me ponen a hacer la ronda de todos los puestos mientras nos alejamos de la elíptica del sistema solar para ponernos en posición para el salto estelar. Papá me explica que son las reglas: En una nave estelar todo el mundo debe saber de todo, por si ocurriese algún percance y alguno de los tripulantes no pudiese realizar sus labores —siempre debe haber alguien que pueda reemplazarle.

Uno de los ingenieros de sistemas es nuevo, y también le están familiarizando con los demás puestos, pero lo hacen en momentos diferentes, por lo que nunca coincidimos. Es lógico: Así se cubre el conocimiento de todos los puestos más rápido. Si él está familiarizándose con un puesto y yo con otro, pues ya cubrimos dos puestos diferentes entre los dos. Es por eso que me quedo muy sorprendida cuando a los dos días el altavoz de la nave nos convoca a los dos al mismo tiempo.

—Tripulante Johanssen, tripulante auxiliar Martín, preséntense en el

puede.

Termino la comprobación del sistema de criogenia que estoy verificando, bloqueo el sistema e introduzco los datos de verificación en la terminal. Lo primero que me han enseñado es que, a menos que haya una orden que indique una emergencia, todos los sistemas deben dejarse en un estado seguro antes de atender cualquier otra cosa. El jefe de criogenia asiente complacido cuando cierro la terminal.

—Excelente, Tanit. Por un momento pensé que ibas a salir corriendo, dejando a ese pobre colono descongelándose...

Me echo a reír. Hay pocas probabilidades que el colono salga de su ataúd de hielo, todos los sistemas están en orden, así lo indica la luz verde principal, y otra más pequeña que parpadea muy lentamente al ritmo de los latidos de su corazón.

—Eso no lo haría ni tu gata, Massimo.

El italiano se echa a su vez a reír. Está muy orgulloso de su gata, un animal negro de pelo largo, llamada Baguira. Me contó una vez que el nombre viene de una historia de hace varios siglos, en honor de una pantera negra. No sé qué es una pantera, y Baguira es la primera gata que he visto en mi vida. Me olió la primera vez que me vio, dio una vuelta a mi alrededor, y decidió que yo era inofensiva. El sentimiento desde luego que no era mutuo, y Massimo tuvo que insistir en que la acariciase y luego la cepillase. Es un bicho un poco raro, pero parece que le caigo bien. Creo. No tengo mucha experiencia con animales.

—Baguira tiene mucho sentido común. Anda, vete al puente, te están esperando.

—Espera —señalo, justo dos segundos antes de que suene una alarma—. ¡Luz amarilla!

Levanta la cabeza, mirando el sarcófago donde se ha apagado la luz verde.

—Es el B-349. Tiene una válvula defectuosa que falla intermitentemente. Ya me encargo yo. ¡Al puente!

Obedezco, mientras él coge sus herramientas. Como siempre, el carrito de transporte me está esperando. Tardo sólo tres minutos en llegar al puente. La capitana vuelve la cabeza desde su asiento cuando entro.

—Dice Massimo que detectaste el fallo en el B-349 antes que el monitor. Me encojo de hombros. La capitana sabe absolutamente todo lo que pasa en la nave, no sé cómo lo hace.

—Más o menos al mismo tiempo, capitana. Vi la luz amarilla.

Asiente.

—De todas formas, buen trabajo. Bueno, Jorg, Tanit, es tradición en esta nave que los nuevos tripulantes estén presentes en el puente la primera vez que entran en modo trans-luz. ¿Estáis listos?

Johanssen y yo asentimos. Siento un nudo en la garganta. Vamos a abandonar nuestro viaje por el espacio normal, y vamos a hacer el salto a las estrellas. Mi primer viaje estelar, la primera vez que viajaré más rápido que la luz.

A decir verdad, la nave no viaja a una velocidad superior a la luz. Pero como he estudiado astrobiología, también tuve que estudiar astrofísica y sé cómo funciona. No se puede superar la velocidad de la luz, pero existe un truco que permite viajar más rápido que ella: Doblar el espacio.

El principio es en realidad muy sencillo. Es como si somos una hormiga que tiene que viajar desde un extremo de una hoja de papel hasta otro. Pero en vez de hacer todo el trayecto, lo que hacemos es doblar primero la hoja de papel una y otra vez, y sólo entonces hacemos el viaje. En vez de recorrer treinta centímetros, recorreremos sólo uno. En el caso del viaje estelar, en vez de recorrer cincuenta años luz, recorreremos simplemente unos millones de kilómetros. No es que sea un trayecto corto, pero es muchos millones de veces más corto que el viaje a las estrellas. Después desdoblamos el papel, perdón, el espacio, y estamos en nuestro destino.

Por supuesto que no es tan simple como suena. Las energías utilizadas son enormes, pero aún mayor son las fuerzas del espacio-tiempo que manipulamos. Nuestra nave sería destrozada en cuestión de millonésimas de segundo por la distorsión espacial si no fuera porque viajamos es una especie de burbuja de espacio normal en el espacio doblado. Nosotros nos impulsamos en esa burbuja, y como nos movemos, y la burbuja con nosotros, en realidad nos movemos por el espacio doblado a unas velocidades increíbles.

Nuestra velocidad real ni siquiera nos acerca a la velocidad de la luz;

hacerlo presenta muchos inconvenientes. En primer lugar, el tiempo comienza a detenerse cuando nos acercamos a la velocidad de la luz. No para nosotros, pero sí para el resto del universo. Un viaje a una velocidad cercana a la de la luz a nosotros nos podría parecer que habría durado meses, pero en la Tierra en realidad habrían pasado siglos. Nadie quiere ese tipo de desfase temporal. Por lo tanto, vamos rápidos, pero no tanto como para alcanzar verdaderas velocidades relativistas. Quizás nuestro viaje de cuatro meses sea para el resto de la humanidad en realidad seis meses, pero la diferencia es aceptable. Papá siempre dice que cuando se casó con mamá era muchísimo mayor que ella, pero que a costa de sus viajes interestelares ahora son de la misma edad. Puede parecer extraño, pero así funciona la relatividad. El tiempo que papá pasaba en una nave estelar transcurría mucho más lento que el que pasaba mamá. Papá se fue para un viaje que para él duraría seis meses, sin estar mamá embarazada, y cuando volvió yo ya había nacido. Mamá me contó que la cara que puso al enterarse fue notable; para papá era el embarazo más rápido de la historia humana.

Otro aspecto que hay que tener en cuenta es que hay un límite a la velocidad que se puede tener antes de empezar a plegar el espacio. Si se sobrepasa ese límite, ocurren cosas extrañas para las cuales la ciencia aún no tiene respuesta. Debe haber algún tipo de interferencia entre la velocidad de la luz y el pliegue espacial, porque las naves desaparecen y nunca más vuelven a aparecer. Si se va a más de la mitad de la velocidad de la luz y se intenta plegar el espacio, lo más probable es que la nave simplemente se desintegre en sus átomos. Una muerte ecológica, supongo, pero nada deseable.

—XO, active sistemas. Astro, confirme coordenadas.

Papá se afana con un panel, mientras el astronavegador comprueba los datos de nuestra posición. Uno de los ingenieros de propulsión está reportando datos de un panel que no entiendo; la capitana comienza a dar órdenes, y los tres comienzan a mover controles y ajustar valores en las terminales.

—¡Trans-luz!

Por un instante, las luces parpadean cuando los motores de la *Sombra Lunar* comienzan a plegar el espacio. Unos paneles se iluminan; otros

parecen apagarse. Pero por lo demás, no parece haber ocurrido nada.

—¿No ha funcionado? —pregunta Johanssen ingenuamente.

Entonces señalo la pantalla principal. Han desaparecido las estrellas, parece estar parpadeando. Es un anti-clímax, pero estamos en modo trans-luz.

—Creo que sí ha funcionado.

La capitana se vuelve hacia nosotros. Parece que se está partiendo de risa por algún chiste desconocido, pero su voz es bastante seria.

—Por supuesto que ha funcionado, señor Johanssen. Pueden volver a sus puestos.

—Sí, capitana.

Salimos del puente, pero no andamos más de dos pasos. Un cubo de agua nos cae encima nada más salir, dejándonos empapados. Miro a mi alrededor, aún incapaz de reaccionar. Está toda la tripulación, partiéndose de risa. Detrás de mí, en el puente, están desternillándose.

Entonces Chispas se acerca, con un papel que nos entrega. Lo cogemos, aún alelados, mientras toda la tripulación sigue riendo. Miro el mío: Es un certificado que dice que en el día de hoy Tanit Martín ha recibido su bautismo estelar. ¡Bautismo! ¡Estoy empapada!

Más tarde, una vez que nos hemos secado, nos lo explican. Es una tradición que la primera vez que alguien entra en trans-luz tiene que ser bautizado; todos ellos han pasado por ello, incluso papá y la capitana. Ahora somos de verdad tripulantes interestelares.

Pero al cabo de tres meses estamos ya un poco hartos de ser los tripulantes de una nave estelar. La nave funciona en modo automático en modo trans-luz; no hay nada que hacer, aparte de comprobar que todos los sistemas siguen funcionando. Ya he pasado por el entrenamiento básico de todos los puestos, y he vuelto con Chispas a la sala de máquinas. No es que haya mucho que hacer, aparte de arreglar maquinaria averiada. Yo siempre pensaba que era muy excitante ir en una nave estelar, pero en realidad es bastante aburrido. De no ser porque papá ha acordado con la capitana que los tiempos de descanso los pasemos juntos, este viaje sería verdaderamente lo más aburrido que me he encontrado jamás. Comprendo por qué los tripulantes vienen siempre bien provistos de libros, películas y videojuegos. De no ser así se tirarían al espacio de puro hastío.

Por otra parte, también tienen sus aficiones. La de Massimo, por supuesto, es su gata. Le enseña toda clase de trucos. Aunque parezca raro en una astrobióloga, casi nunca he visto animales vivos: En Marte hay muy pocos. Por lo tanto no sé si eso es fácil o difícil enseñarles, pero papá me dice que no es nada fácil. Él tiene una afición propia, que es hacer maquetas de barcos. No naves espaciales, barcos como los que antiguamente recorrían los mares de la Tierra. Flotando sobre el agua, por raro que parezca. Obviamente no hay nada de eso en Marte, pero papá nació en la Tierra, y los holandeses por lo visto fueron grandes navegantes. Papá me contó que su abuelo una vez le llevó a dar un paseo en un barco pequeño. Suena muy peligroso, pero papá me dijo que era muy divertido.

Chispas juega a videojuegos muy antiguos que ha logrado hacer funcionar a base de escribir simuladores. No se trata de juegos de inmersión, como los que tenemos hoy día; no, por extraño que parezca son planos, ni siquiera son holográficos. Es muy raro ver un juego sin profundidad, aunque tengo que reconocer que algunos son muy simpáticos. Como ese que hay que tirar unos pájaros a destruir construcciones en las que se esconden unos bichos redondos que no tengo ni idea de qué son. Chispas perjura que los pájaros en la Tierra son así y hacen esas cosas, pero sé que me está intentando tomar el pelo. Soy astrobióloga: Aunque nunca he visto uno vivo, sé perfectamente el qué es un pájaro y cómo se comporta.

Otros juegos son históricos y hacen cosas muy extrañas que no entiendo en absoluto, y algunos parece que están basados en un futuro que no se parece en nada a hoy día. Su favorito es uno que se llama *Efecto de masa*; el juego está lleno de alienígenas, cuando todo el mundo sabe que los extraterrestres no existen. Parece un crío pequeño.

Yo, después de probar muchas cosas, me dedico a crear esculturas de luz con fibra óptica descartada. Se pueden hacer efectos de luz preciosos si sabes un poco de óptica y eres un poco manitas; muy pronto todos los tripulantes me han pedido que les haga una. Estoy precisamente terminando una escultura para la capitana cuando llega la llamada.

—Tripulante auxiliar Martín, preséntese en la cantina.

Dejo la empalmadora de fibra óptica en la mesa de trabajo, y suspiro. Seguro que quieren que ayude a recoger la basura. Es lo que tiene ser la

tripulante más joven, todos están deseando quitarse encima marrones y endosármelos a mí, supuestamente porque estoy menos cualificada. Cuando a la hora de la verdad mi expediente académico debe estar entre los tres mejores de esta nave, y no necesariamente en el tercer lugar. En fin. Qué le vamos a hacer.

Miro a mi alrededor, pero Chispas no está. Seguro que se ha ido a comprobar de nuevo el rectificador de flujo. Bueno, me imagino que habrá oído que me han llamado por el intercomunicador.

Cojo el carrito de transporte sin entusiasmo. Mira que hacerme recorrer toda la nave para recoger la basura de la cantina... porque desde luego que no va a ser otra cosa, Samanta no deja a nadie entrar en la cocina que no sea ella. Hasta la capitana tiene vedado el acceso.

Llego a la estación de la cubierta treinta, y me bajo. Después devuelvo el carro de vuelta a la sala de máquinas. Son las reglas; debe haber un carro de transporte en cada estación.

Paso por el área de descanso y me extraño que no haya nadie. Normalmente los que no están de guardia están ahí, jugando a las cartas, charlando, leyendo o jugando a alguno de los videojuegos. De pronto me encuentro esperanzada. Igual es que la capitana quiere comunicarnos algo, suele reunir a la tripulación en la cantina para hacerlo. Con suerte no tendré que recoger la basura.

Sí, debe ser eso, porque no hay un alma por los pasillos. Acelero el paso, hasta llegar a la cantina. La puerta se abre ante mí, pero dudo. La sala está en la más absoluta oscuridad. ¿Qué narices está pasando?

Entonces las luces se encienden.

—¡Sorpresa!

Me quedo con la boca abierta. Está toda la tripulación, y encima de la mesa central hay una tarta.

—¡Feliz cumpleaños, Tanit!

Me cuesta cerrar la boca. Ni me acordaba que hoy era mi cumpleaños.

Papá me coge, riendo, y me levanta por encima de su cabeza. Lo lleva haciendo desde siempre, pero por primera vez parece que le cuesta algo levantarme. Me voltea una vez, y entonces me baja, y me besa. Luego todos me rodean, los hombres palmeándome la espalda, las mujeres besándome.



—¡Once años ya! ¡Está hecha ya una mujer! —comenta Chispas, que por lo visto se había escabullido de la sala de máquinas mientras yo no miraba—. Henk, ¡dentro de nada tendrás que preocuparte de los chicos que andarán tras ella! ¡No te envidio!

Mi padre se ríe.

—No hay problema. Sabes que conoce artes marciales. Tanit sabe defenderse. Ya le rompió un brazo a uno que intentó pasarse de listo...

Los demás se ríen también, pero Chispas sacude la cabeza, apesadumbrado.

—No, si yo no preocupaba *de* ellos, me preocupaba *por* ellos... Una pequeña genio que además sabe artes marciales. Y eso que sólo parece una cara bonita... ¡Pobres chavales! ¡Que no les pase nada cuando ella quiera guerra!

Ahora nos reímos todos. A Chispas le encanta tomarme el pelo, pero sé que no hay malicia en él.

Me sientan delante de la tarta. En una nave espacial no hay velas; consumen demasiado oxígeno, por no hablar del riesgo de incendio. Pero Chispas ha hecho unas velas electrónicas que casi parecen reales. Me explica que tienen un sensor de flujo de aire que las apagará.

—Pero sólo si soplas realmente fuerte. Así que más vale que soples con ganas...

Hincho los carrillos. Pero no llego a soplar; de pronto suena un tremendo golpe, que se oye por toda la nave. Todos saltan en pie.

—¿Lo habéis oído?

—¿Qué coño ha sido eso?

Veo que mi padre y la capitana se miran.

—Ha sonado como si algo hubiese golpeado el casco de la nave.

—Capitana, estamos en modo trans-luz. Es imposible que entremos en contacto con nada físico.

Vuelva a sonar un enorme golpe.

—¡Puestos de emergencia! ¡XO, al puente!

Mientras aún habla, papá me agarra y me arranca de la silla. Justo detrás de nosotros está uno de los refugios. Me empuja dentro y pulsa el botón de emergencia. La puerta se cierra delante de mis narices.

—Tanit, ¡quédate ahí! —le oigo gritar.

Recupero el equilibrio, y corro a la compuerta, mirando por el ventanal. Lo que ocurre entonces no lo olvidaré el resto de mi vida. El fuselaje de la nave está siendo rasgado como si fuera de papel por algo que parece una enorme garra. Y todo lo que hay en la cantina es arrastrado por el aire que se escapa al exterior. Mesas, sillas, muebles... y todas las personas. El último en desaparecer por la enorme brecha es Chispas. Durante un segundo veo que sus ojos han reventado por el vacío.

Me entra tal mareo que tengo que sentarme. Todos mis amigos... arrastrados al espacio. Muertos. Hace un minuto estaban riendo conmigo. Y ahora... Entonces me doy cuenta de algo terrible, incluso muchísimo peor que eso.

—¡Papá!

Salto contra la compuerta, mirando por la ventanilla. Nada. Nada en absoluto. Miro desesperada a mi alrededor, y veo el botón de apertura. Lo aprieto con furia.

—Modo de emergencia —reporta la voz impersonal de la computadora—. No se pueden abrir puertas a zonas de vacío por parte de personal sin traje espacial.

Entonces veo la señal roja: Al otro lado de la puerta no hay nada de aire.

—Papá... —musito, alelada, dejándome resbalar hasta el suelo.

No puede ser. No, no puede ser. La capitana le ordenó ir al puente. Debí salir corriendo nada más dejarme en el refugio de emergencia. Debe estar en el puente. Sí, eso es, está en el puente, planeando mi rescate. No puede estar muerto. No mi papá.

El comunicador. Me levanto de un salto, y me lanzo hacia el comunicador, en un lado del refugio. Pulso la tecla.

—¡Por favor, papá! —grito—. ¡Papá! ¡Contéstame!

Espero durante largos minutos, llamando mientras siento cómo un terrible dolor me está desgarrando las entrañas, pero nadie contesta.

—Papá... —sollozo, derrumbándome en el suelo—. Papá, no puede ser. ¡No puede ser! Por favor, contéstame. ¡No puedes estar muerto!

No sé cuánto tiempo he estado así, sollozando, con las lágrimas cegándome los ojos, pero deben haber sido horas, porque de pronto la voz de

la computadora me llama.

—Tripulante Tanit Martín. Utilice las bombonas de oxígeno para respirar. El sistema de renovación del aire está bloqueado debido a daños en la nave.

Al oír la voz la voz he levantado la cabeza; por un instante he pensado que había sobrevivido alguien, por un instante he tenido la esperanza que quizás papá también haya sobrevivido. Pero no, es la voz de contralto de la nave, que conozco muy bien. ¿Oxígeno? Entonces me doy cuenta de que está empezando a ser difícil de respirar. Estoy en un refugio de emergencia, de menos de cinco metros cuadrados. El aire se está consumiendo. Dentro de poco me voy a asfixiar.

—Eres una Martín, Tanit —recuerdo oír la voz de mi padre—. Una superviviente. Pasarás las pruebas de colono, estoy seguro. Sobrevivirás, Tanit. A todo lo que pueda pasar. Y viviremos juntos en Thuis. Nuestro nuevo hogar. Estoy muy orgulloso de ti.

Me lo dijo después de irse mamá a Thuis. Cuando decidí que iba a sacar la carrera de astrobióloga, para poder reunirme con mamá. Él siempre me animó. Él siempre me apoyó. Siempre confió en mí.

—Lo haré, papá —sollozo—. Sobreviviré. Iré a Thuis, con mamá. Y estarás orgulloso, te lo prometo.

Me limpio las lágrimas con el dorso de la mano, e intento levantarme. Pero no es nada fácil, el aire está mucho más viciado de lo que me imaginé. Apenas puedo respirar. Me cuesta levantarme, alzarme hasta la botella de oxígeno de emergencia es una verdadera tortura. Pero al final logro ponerme la mascarilla. El sistema reconoce que hay una persona al otro lado, y el oxígeno empieza a fluir.

Al cabo de unos minutos comienzo a reaccionar, empiezo a darme cuenta de que he estado a punto de perder el conocimiento. Pero el oxígeno que entra en mis pulmones me levanta, aunque no es sólo el oxígeno. Sé que hay estimulantes y ansiolíticos en las bombonas para asegurarse que ante una emergencia el personal que las utiliza esté en plena forma. La adrenalina corre por mis venas, y de pronto ya no tengo miedo.

Miro a mi alrededor. Estoy en un cubículo minúsculo, iluminado exclusivamente por la luces de emergencia. Y fuera... Me asomo a la ventana de la puerta. Nada. La cantina ya no existe. A través de lo que una vez fue el

casco veo el parpadeo de los pliegues espaciales. Seguimos en trans-luz. Lo que sea que haya dañado la nave no ha impedido que sigamos viajando rumbo a Thuis.

Me apoyo con la espalda en la puerta. ¿Qué voy a hacer ahora? Si ha sobrevivido alguien de la tripulación no puede haber llegado al puente, porque habrían oído mis llamadas por el intercomunicador. Por si acaso, lo vuelvo a probar. Pero sólo hay silencio.

Cinco metros cuadrados. Miro el indicador de la botella de oxígeno. Tengo quizás dos horas. Luego me asfixiaré. Pero con todas las drogas que debe haber en la botella si siquiera siento preocupación, lo constato con una frialdad clínica que incluso a mí me desconcierta.

Entonces me acuerdo de las clases de supervivencia obligatorias durante el curso de colono. Todas las naves tienen refugios de emergencia para la tripulación, en caso de descompresión. Estoy en uno de ellos. Pero estos refugios tienen también que tener un traje espacial y cápsulas de rescate.

Momentos más tarde estoy abriendo el panel trasero. Sí, ahí está el traje espacial de emergencia y tres globos para ser usados para el transporte de heridos, niños u otras personas que no dispongan de traje espacial. Obviamente tendré que usar el traje.

Pero un cuarto de hora más tarde es evidente que no voy a poder hacerlo. La parte central es rígida, porque ahí está el cierre del traje. Lo malo es que, al sentarme en esa parte central, mis pies no llegan al suelo. Y lo que es peor: Mi cabeza no llega al casco. Este traje está pensado para un adulto, no para una niña de once. Lloro de rabia y desesperación cuando al fin lo comprendo. Ni siquiera lograré ponerme el casco, mis manos tampoco llegan hasta los guantes, y el traje es demasiado rígido como para que pueda arremangármelo.

Es evidente que voy a morir, pero el pensamiento no me asusta debido a todas las drogas que lleva la botella de aire. Al menos no moriré aterrada. Pero me asfixiaré lentamente en cuanto se acabe el oxígeno de la botella.

Me siento en el suelo. No quiero esperar dos horas. Bueno, quizás hora y media. No tiene sentido prolongar mi agonía. Lo mejor es abrir esa puerta de una vez, y dejar que me arrastre al vacío. Será muy rápido, y estaré de nuevo con papá.

—Sobrevivirás, Tanit —oigo decir a mi padre, y es tan real que levanto la

mirada por si estuviese a mi lado. Pero no, no hay nadie.

—No, papá —musitó, levantándose—. Sabes que no puedo sobrevivir.

Entonces, furiosa, golpeo el interruptor de apertura, sabiendo que dentro de segundos moriré.

Pero no ocurre nada. O mejor dicho, sí ocurre. La computadora protesta.

—Modo de emergencia —dice de nuevo, obstinada—. No se pueden abrir puertas a zonas de vacío por parte de personal sin traje espacial.

—¡Estúpida máquina! —chillo—. ¡Déjame morir! ¿No ves que no puedo ponerme el traje? ¿No ves que me voy a asfixiar?

Parece dudar. Pero luego vuelve con su cantinela preprogramada.

—No se pueden abrir puertas a zonas de vacío por parte de personal sin traje espacial.

—¡Estúpida! —murmuro cuando al respirar de nuevo la botella aumenta la concentración de ansiolíticos—. Ni siquiera sabes...

Entonces me quedo pensando. ¿Cómo sabe la mierda de computadora que estoy sin traje espacial? Bueno, tiene sensores en el refugio. Detecta que hay alguien. Y la insignia en mi ropa le dice que soy yo. Aunque no es probable que pueda triangular dónde estoy, no creo que haya sensores térmicos aquí.

Empiezo a experimentar. Sé que mi insignia tiene un sensor identificador. ¿Y si la meto en el traje? No, no funciona. Arrastro el traje hasta la puerta, y me coloco pegado a él, de forma que si hay un sensor térmico mi calor parezca estar dentro del traje. Nada, que sigue negándose a abrirse.

¿Quizás el traje deba estar cerrado y funcionando? Es posible. Me acerco al panel trasero, y recojo el casco. Se ha enganchado en uno de los amarres de los globos de rescate, y me pongo a soltarlo. Pero de pronto me quedo mirándolo.

La cápsula de rescate es una versión muy primitiva de un traje espacial. En realidad es poco más que una bolsa llena de aire, con unas cuerdas para sujetarlo a un traje espacial o a un remolcador. Se supone que sirve para una transferencia rápida de una persona a un vehículo de rescate. No tiene ningún tipo de protección, ni propulsión, ni siquiera un sistema de respiración. Es un simple globo de aire, pensado para personas que no se pueden poner un traje espacial, como niños o heridos. Y yo sí puedo entrar dentro.

—Quizás hayas encontrado algo, Tanit —musito, dejando

cuidadosamente el casco en el suelo.

Vamos a ver. La cápsula me dará aire durante a lo mejor diez minutos. Bueno, no es mucho, pero tengo aún la bombona que cuelga de mi espalda. Supongamos que me meto dentro. ¿Podría abrir la puerta del refugio?

En seguida compruebo que sí. Aunque el globo se hinche, es lo suficientemente flexible como para golpear el interruptor. Podré entonces salir, y dirigirme a... ¿a dónde?

Me vuelvo a asomar a la ventana de la puerta. La cantina está arrasada, pero yo diría que no hay obstáculos, las pocas mesas y sillas que quedan están al lado del casco destrozado a través del cual parpadean los pliegues del espacio. El suelo parece estable. No podré andar, pero me imagino que podré rodar por él. Espero que no haya nada que pueda perforar el globo o no lo contaré.

La puerta por donde entré parece que está obstruida, hay un panel que ha caído delante. No hay manera que pueda quitarlo desde dentro de un globo. Quizás sí si estuviese en un traje espacial, pero no voy a poder moverme en un traje. Mejor dicho, ni siquiera voy a poder ponérmelo.

Pero la otra puerta está abierta. Sé que da a un pasillo. Si pudiera cerrarla una vez que esté dentro... Todas las puertas de la nave son estancas, por si se perforase en algún momento el casco. Esto protegería a la tripulación en caso de accidente. Lo malo es que nadie imaginó que toda la tripulación pudiese estar precisamente en el sitio donde ocurriese esa perforación.

Muy bien, vamos allá. Voy a entrar en el globo cuando caigo en que sigo con el problema de abrir la puerta. Bueno, habrá que probar la idea original de cerrar y poner a funcionar el traje espacial. Pero quizás esta vez no me esté suicidando.

Coloco el casco en el traje, y cierro todas las presillas. Luego lo activo. Si todo está bien, la computadora pensará que lo llevo puesto. De pronto caigo en que, al abrir la puerta, todo el aire saldrá despedido. Y que arrastrará todo lo que haya dentro del refugio al espacio.

¿Puedo atar el globo? Sí, probablemente sí, tiene una cuerda para el remolque. ¿Pero cómo lo desato después? Sólo faltaría que me quede encerrada en la cápsula y no pueda moverla porque la haya atado. Pruebo la resistencia del globo. Ni en broma voy a poder desatar un nudo a través de él,

y menos cuando esté hinchado.

Pierdo un precioso cuarto de hora hasta que se me ocurre una solución. Cojo el panel trasero y lo coloco atravesando la puerta. Eso evitará que pueda pasar mi globo. Luego lo golpearé, haciendo que caiga hacia dentro, para poder pasar.

Aunque sea de aluminio, el panel pesa bastante, y estoy jadeando cuando termino. Está deslizándose, y lo sujeto poniendo el traje espacial debajo. Así estará atravesado y me retendrá. Entro en el globo de rescate, sello el cierre y le doy al botón de inflado. Al instante estoy en una burbuja de metro y medio de diámetro. Tengo el tamaño justo para estar de pie.

Entonces me doy cuenta de que no llego al interruptor de apertura debido a la forma esférica del globo. Me tengo que echar para adelante, y al estar inclinada no lo alcanzo. Tardo otros cinco minutos antes de tener una idea, quitarme un zapato y usarlo como prolongación de mi brazo. Se me está acabando el tiempo.

La puerta se abre, y soy violentamente zarandeada cuando el aire escapa y choco contra el panel que protege la puerta. Me caigo de culo en mi burbuja, y veo con horror que el panel se está soltando.

—¡No! —chillo involuntariamente cuando cae y es despedido hacia el exterior por la presión del aire que se está saliendo de la cámara de rescate. Entonces mi globo es estrujado contra la puerta. Intento sujetar el marco, pero no hay manera, hay demasiada fuerza. Salgo despedida hacia el exterior.

Tiene que haber un Dios que protege a las niñas, porque choco contra la pared opuesta. Por suerte se trata de un trozo del casco que aún está sujeto al resto de la nave, y reboto de nuevo hacia el interior como si de una pelota se tratase. El aire que aún está saliendo me desvía, y me muevo hacia un lado, deslizándome perezosamente de nuevo hacia el exterior. En cuanto me doy cuenta me tiro al suelo, evitando que el globo siga rodando. El globo se menea, pero se para. Estoy a sólo tres metros del espacio exterior.

Noto que estoy jadeando. El aire dentro de mi burbuja se está rarificando, y me vuelvo a colocar la botella de oxígeno. Tengo que respirar profundamente un par de veces antes de atreverme a mirar a mi alrededor.

La cantina está destrozada, como ya sabía. Pero veo que hay restos por el suelo. Tendré que tener cuidado, no sé cómo de resistente es el globo de

rescate, y de si aguantará algún borde afilado.

Me levanto, y comienzo a avanzar, haciendo rodar el globo. Por suerte sigue activada la propulsión y por lo tanto hay gravedad, si tuviera que hacer esto en un ambiente ingrávito ya podría abandonar toda esperanza. Me lleva diez minutos llegar hasta la puerta del pasillo puesto que tengo que esquivar todos los escombros que no han sido lanzados al espacio.

Finalmente estoy dentro. ¿Y ahora qué? Vale, ahí está el interruptor de cierre de la puerta. Vuelvo a tener el mismo problema que antes, pero agravado por el hecho que la tensión superficial del globo en el vacío lo deja tan rígido que no me deja juntar la superficie del globo a menos de diez centímetros de la pared. Esto es una esfera, y el radio de la esfera está por debajo del puñetero interruptor.

¿Puedo saltar? No, no funciona. No puedo empujar hacia arriba cuando mis pies están sujetando la parte inferior del globo. Entrecierro los ojos. ¿Podría quizás...? Bueno, si no me cargo el globo podría funcionar.

Funciona. El entrenamiento en artes marciales, por muy poco femenino que sea, me ha valido para algo. Una patada alta consigue lo que no he conseguido empujando, deforma el globo lo suficiente como para pulsar el interruptor. La puerta se cierra.

Voy rodando hasta el otro lado del pasillo, y me encuentro con el mismo problema. Pero esta vez no voy a tener que volver a hacer mi numerito ninja, la computadora ha detectado mi presencia.

—Presiones igualadas.

Oigo la voz. Sé que el sonido no viaja por el vacío, por lo que ahora debe haber aire en el pasillo. Pincho con un dedo la pared del globo. Parece haberse reducido de tamaño, y está mucho más flexible que hace unos minutos. Hay aire en el pasillo. Con cuidado abro el cierre del globo de rescate.

Sí. Hay aire, al cerrar la puerta la computadora ha llenado de aire el pasillo. Ahora estoy en la zona habitable de la nave. Dejo caer la botella de oxígeno, termino de salir del globo, y corro hacia el puente. Las luces están apagadas, pero funcionan las luces de emergencia.

—¡Papá! —grito, nada más entrar.

Pero no hay nadie. Miro a mi alrededor en la penumbra.



—¿Papá?

Hay una consola abierta, y me conecto. Después de todo, soy un tripulante, ¿no? Enciendo el intercomunicador de la nave.

—A toda la tripulación, ¡acudan inmediatamente al puente!

Pero media hora más tarde, para mi angustia, sigue sin aparecer nadie. Está desapareciendo el efecto de los ansiolíticos del oxígeno de emergencia, y siento que el pánico me está dominando.

—¿Hay alguien? —chillo por el intercomunicador—. ¡Por favor, contesten!

Entonces me acuerdo que hay otra manera de saber si ha sobrevivido alguien.

—Computadora, identifique a los miembros de la tripulación a bordo de la nave, así como su posición.

La máquina responde inmediatamente.

—Tripulante auxiliar Tanit Martín, puente.

Espero unos segundos, pero no sigue.

—¿Quién más? Dé la lista completa.

—Tripulante auxiliar Tanit Martín, puente. No hay más tripulantes.

Entonces caigo de rodillas, sollozando. Estoy sola. Totalmente sola.

De pronto el recuerdo me golpea como un puñetazo. ¡Los colonos! ¡Hay tres mil colonos en criogenia! Seguro que hay alguno que sepa de naves estelares.

—Computadora, identifique técnicos espaciales entre los colonos.

Hay que reconocer que este trasto es eficaz, responde al instante.

—Técnico Vladimir Svoboda, compartimento A34 de criogenia. Técnico Tanvi Bahtnagar, compartimento H176.

Recuerdo que Massimo me enseñó los controles de reanimación. Un instante más tarde estoy corriendo a la estación treinta, para coger un carrito de transporte. En lo que parece una eternidad llego a la bodega siete, donde están los colonos.

Pero nada más entrar veo que algo va mal. No están las luces verdes que me saludaron en mi visita anterior, no parpadean para señalar el lento latido de los corazones. No, toda la bodega está a oscuras, con largas hileras de luces rojas. Me quedo mirándolas, alelada. Sé el qué significa. Se fue la

energía. Toda la energía, incluso la que les mantenía con vida. Ahora estoy navegando a una velocidad superior a la luz en una nave llena de muertos.

Vuelvo lentamente sobre mis pasos, incapaz de aguantar más golpes. Me dejo caer en el asiento del carrito de transporte, sin darle a los controles. ¿Qué voy a hacer? ¿Qué puedo hacer?

—¿Miau?

Miro, incrédula. Es la gata de Massimo. Ha sobrevivido. No estaba en la cantina y ha sobrevivido.

—¿Baguira?

Salta al carrito, y me olisquea. Parece quedarse satisfecha y se sienta en el asiento a mi lado.

—¡Miau! —parece contestar.

Le rasco justo detrás de la oreja, donde me enseñó Massimo, y comienza a ronronear de satisfacción. ¡Quién fuera gato, y no sintiese lo que yo siento!

—Computadora —musito—. Confirme estado de colonizadores.

Por un momento tengo la impresión de que ha dudado, porque tarda dos interminables segundos en contestar.

—Estado indefinido. El sistema de energía primario no funciona; no es posible determinar el estado.

—Activar sistema secundario de energía.

—Ese comando requiere autorización por parte de un oficial.

—¡Estoy sola! —exploto—. ¡Ya no hay oficiales!

—Según el artículo veintisiete c, apartado cuarto, segundo punto del Código de Navegación, debe tomar oficialmente el mando si no hay oficiales superiores.

Me quedo mirando al vacío. ¿Ahora soy la capitana? Supongo que sí, puesto que soy la única persona viva a bordo de la nave.

—¿Y eso cómo se hace?

—Declare que toma el mando. Su declaración quedará registrada en el libro de abordaje.

Trago fuerte.

—Tomo el mando de la nave. —Miro a la gata mientras pulso el botón de arranque—. Y tú te acabas de convertir en mi tripulación.

—Mando transferido —anuncia la computadora cuando el carrito salta

hacia delante—. La tripulante Tanit Martín ha asumido el mando de la nave.

—¡Entonces activa el sistema secundario de energía!

Las luces se encienden inmediatamente. Pero mis ojos nada ven mientras el carrito avanza por el túnel de servicio.

Cuando me despierto ni siquiera sé cómo he llegado a mi camarote. He dormido fatal, mi sueño he sido una enorme pesadilla, donde he visto una y otra vez la cara sin ojos de Chispas, perdiéndose en el espacio. Miro al techo. ¿Qué voy a hacer? Estoy sola, completamente sola. Entonces por el rabillo del ojo veo el movimiento. Baguira está echada en un lado de la cama, ojeándome.

—¿Miau? —pregunta.

Me siento, poniendo los pies en el suelo.

—Ojalá supiera la respuesta —respondo, desanimada—. Pero miau también.

De pronto noto el hambre que tengo. No sé cuánto tiempo ha pasado desde que ocurrió todo, pero tengo mucha hambre. Y por cómo se está relamiendo la gata, supongo que ella también.

Dentro de lo malo, la cocina ha sobrevivido; estaba cerrada la puerta a la cantina y la computadora la ha bloqueado. Hace un frío horroroso, me imagino que es porque al otro lado de la puerta está el espacio. Cojo rápidamente unas galletas y la comida de gato, y vuelvo a salir corriendo; la próxima vez entraré bien abrigada, suponiendo que pueda encontrar ropa de abrigo. En caso contrario igual me tendré que conformar con lo que produzcan los jardines hidropónicos, o me congelaré.

Vuelvo al puente. En realidad no sé por qué, pero parece el lugar correcto. Supongo que si quiero volver con mamá tendré de alguna manera que controlar la nave. Ahora soy su capitana. Me como las galletas en el puente, mirando alrededor, mientras Baguira disfruta de lo que sea que come. Unas bolitas que tienen un aspecto bastante asqueroso.

Inspecciono los paneles de control de la nave mientras como. Algunos no tengo ningún problema en entenderlos, otros no los entenderé ni en un millón de años. Activo el visor, y por el parpadeo continuo veo que seguimos en trans-luz. Por un momento eso me confunde. Luego recuerdo que se necesita una enorme cantidad de energía para desplegar de nuevo el espacio. A menos

que haga algo seguiré en este extraño estado toda mi vida. Recuerdo que en la Tierra lo llaman hiperespacio, por incorrecto que sea el término.

Busco los manuales de navegación, y me pongo a estudiarlos. Es complicado, dan por supuesto muchas cosas que no sé, y tengo que buscar información suplementaria en la biblioteca. Pero si la información está ahí aprenderé a manejar la nave. ¡Qué narices! ¿No se supone que soy un genio? Empecé la carrera de astrobiología con ocho años, y he tardado poco más de dos años en terminarla. Incluso mamá necesitó cinco años. No puede ser tan complicado saber manejar una nave estelar.

Pero lo es. Tardo dos semanas en revisarme la documentación principal, y para entonces ya estoy dudando de mi capacidad. Pero sé lo suficiente para saber que la nave está muy dañada. No sé si lograré salir del estado trans-luz, pero si lo logro no volveré a poder entrar en él. Como me equivoque de coordenadas estaré a años luz de Thuis y nunca más veré a mamá.

El problema me ocupa todo el tiempo. Como y duermo, pero el resto del tiempo lo dedico exclusivamente a ver cómo puedo llegar a Thuis. Apenas me tomo el tiempo de peinar a Baguira, o rascarle la tripa cuando llama mi atención, tan enfrascada estoy en mi estudio. Supongo que es mejor así, para no pensar en lo que ha pasado. Siento el dolor en mi pecho, y mis sueños están llenos de pesadillas, pero el concentrar mi mente en el estudio me permite olvidarme de mis horrorosos recuerdos. Pero al final me echo para atrás en mi sillón, y suspiro profundamente. La gata me mira, sorprendida.

—¿Miau?

—Eso digo yo. Miau. Las vamos a pasar canutas, ¿sabes?

Entonces bosteza y se echa plácidamente a dormir. No parece preocuparle mucho. En cambio, a mí sí. No sé cómo vamos a salir de ésta.

Prácticamente todos los instrumentos de vuelo trans-luz están destrozados. No sé por qué, pero estaban casi todos en el lado de babor, y ahí es donde algo enorme ha rasgado el casco, hay veinte cubiertas con el casco dañado, dando al espacio. Es un milagro que la nave siga funcionando.

No hay traje espacial de mi tamaño, pero en el taller logro arreglar uno, a base de eliminar segmentos en las piernas y en los brazos, amén de parte del anillo central. Aun así, me sobra traje por todos los lados; está horriblemente incómodo, pero al menos puedo usarlo. Después de verificar la estanqueidad

del traje, me pongo a inspeccionar la parte de la nave que está al vacío, y comienzo las reparaciones.

Pero al cabo de dos días es evidente que no voy a resolver nada; los daños son demasiado grandes. Regreso al puente, y me pongo a estudiar de nuevo los manuales. Esta nave no volverá jamás a funcionar como estaba previsto, hay que usar los sistemas de emergencia.

Vuelvo a la sala de máquinas; es raro no ver a Chispas por allí. Ha saltado el inyector de flujo, y durante tres días intento repararlo. Finalmente puento el limitador de velocidad y utilizo la pieza como repuesto para el inyector. Es una temeridad, pero a estas alturas cualquier cosa es una temeridad.

Escribo un programa para calcular mi posición. Al menos sé programar, eso también es parte de los estudios de astrobióloga, pero mis conocimientos de mecánica trans-luz no son lo suficientemente buenos como para calcular la posición correctamente. Al final lo hago un poco a ojo: Puesto que sé el tiempo que íbamos a tardar en llegar a Thuis voy a salir de trans-luz en ese momento. No será muy preciso, pero creo que puedo acertar a menos de un año luz. Quizás me lleve entonces hasta dos años llegar al planeta, pero al menos no estaré perdida. Volveré a ver a mamá.

No pienso en papá. Es demasiado doloroso. No quiero pensar, me entierro en mi trabajo. Pero a veces, mientras intento que el sueño me cierre los párpados, siento las lágrimas quemar en mis ojos. Baguira viene entonces a echarse a mi lado, y a veces me coloca su pata encima del brazo, como si quisiera consolarme. Es una gata muy rara. Pero en esos momentos me volvería loca sin ella.

Queda menos de una semana para la salida del trans-luz cuando me doy cuenta de que el sistema secundario no tendrá energía suficiente para realizar esa función. Me pongo con la computadora, y para mi sorpresa ésta me informa que sí disponemos de suficiente masa de reacción. Frunzo el ceño. Hemos perdido todos los depósitos de babor; es imposible que haya suficientemente masa.

Es al investigar cuando veo el qué ha pasado. La computadora ha inyectado los cadáveres de los colonos en el convertidor orgánico y ha reciclado todo lo que ha podido. Es decir, que estoy ahora bebiendo agua extraída de cadáveres. Y las plantas del jardín hidropónico tienen también

nutrientes de los colonos, por lo que supongo que también me los he estado comiendo. Hago una mueca de asco, pero me imagino que ya no tiene remedio. Todo lo que no se ha podido reciclar se ha enviado al convertidor de masas de reacción.

Con ayuda de la computadora echo unos cálculos, no sé suficiente de electricidad y electrónica como para hacerlo por mi cuenta. ¡Mierda! Voy a tener que sobrecargar los circuitos, la alimentación secundaria no está pensada para esas energías. Lo más probable es que volemos en pedazos, o simplemente nos desintegremos al salir del trans-luz. Pero no tengo muchas opciones. O me arriesgo o seguiré volando así por toda la eternidad.

Espero. La espera se me hace eterna. Cepillo a la gata hasta que ésta se harta, me bufa e intenta mordirme. Me pongo unos juegos de ordenador pero me aburren. Intento leer, pero pronto me doy cuenta de que estoy leyendo la misma página una y otra vez. Entonces me echo a dormir, pero el sueño no llega.

Al cabo de cinco días estoy que me subo por las paredes. Hasta la gata se ha hartado de mí y se ha marchado a alguna otra parte de la nave; no la culpo. Pero de pronto sólo quedan horas para el momento esperado, y luego son sólo minutos.

Estoy con el dedo en el interruptor de salida del pliegue, mirando cómo van contando los segundos hasta el momento correcto. Debe haberse estropeado el ordenador porque no es normal que los segundos tarden tanto en pasar. Noto que estoy sudando. Dentro de menos de un minuto habré vuelto con mamá o me habré convertido en basura espacial. Si es lo último, espero que sea rápido. Siento un escalofrío cuando recuerdo los ojos reventados de Chispas debido al vacío. Pulso el botón.

La consola parece estallar; me veo proyectada hacia atrás, mientras chispas saltan por todas partes. Todas las luces parpadean, se oye un ruido como un gigantesco chirrido, siento como mis tripas se revuelven como si me hubiesen retorcido el estómago... y de pronto todo ha acabado. Las luces brillan con normalidad, y veo un montón de luces en paneles que pensaba que estaban averiados porque nunca habían mostrado nada. Me levanto con cuidado del suelo, masajeándome los miembros doloridos, y miro asombrada a la pantalla. Allí, para gran alegría mía, hay un sol. He salido de la trans-luz.

—¿Miau?

Baguira ha aparecido a mi lado. Parece molesta, pero yo la cojo en brazos y la beso, llenándome la boca de pelos. No me importa, estoy riendo y llorando a la vez de alivio. Pronto estaré con mamá. Bueno, quizás me lleve algunas semanas o meses de travesía por el espacio normal, pero he vuelto.

—¡Miau!

Baguira me muerde la mano. Debe estar muy cabreada. Pero ni siquiera eso puedo estropear mi euforia.

—¡Tonta! ¡Que hemos llegado!

Es obvio que le importa un pepino, porque se revuelve en mis brazos, y me veo obligada a soltarla. Bueno, después de todo es un animal y no sabe que estamos salvadas.

Me siento en la consola de comunicaciones. Thuis debe tener una emisora, ¿no? Lo malo es que no conozco ni su frecuencia ni el protocolo. Bueno, dejaré que la computadora la busque.

Tarda casi tres horas en encontrar algo. ¡Tres horas! Deben utilizar una frecuencia rarísima. Entonces me fijo en la señal recibida. ¿Qué narices es esto? ¿Una señal de vídeo holográfico? Sí, pero muy extraña. No utiliza las dimensiones estándar. Ni parece digital. Además es doble, en dos frecuencias paralelas.

Las dimensiones resultan ser mucho más fáciles de identificar de lo que pensaba —utilizan números primos, por lo que factorizar las señales es trivial. La codificación está en hexadecimal, pero es algo que no he visto nunca. Tengo que preparar un programa de ordenador para descodificar la imagen. O las imágenes, porque resulta que son dos. Pero al final ya está, y proyecto el resultado en la pantalla principal. Y me caigo literalmente de culo. No es que las imágenes estén de lado, por lo visto he colocado las dimensiones en el orden incorrecto. No, no es eso. Yo pensaba que estaba pillando un programa televisivo. Pero parece ser que lo que he hecho es interceptar una comunicación entre dos naves espaciales. Una está pilotada por algo que parece un pulpo, y la otra es una especie de insecto. Hay más al fondo.

Me levanto corriendo y corto la comunicación, alelada. ¿Extraterrestres? No hay extraterrestres. Nunca nos hemos encontrado extraterrestres, y hemos

explorado en un radio de casi sesenta años luz alrededor de la Tierra. Es imposible que sean extraterrestres. Pero si usan naves espaciales entonces esos bichos son obviamente inteligentes. Noto que tengo la garganta seca de una súbita aprensión. ¿Dónde se supone que estoy?

Entonces recuerdo que volvemos a estar en el espacio normal. Aunque yo no sepa dónde estamos, la computadora de la nave sí puede calcularlo, triangulando nuestra posición en base a los quásares conocidos.

—Ordenador, identifique nuestra posición en el sistema actual.

Tarda un buen rato mientras yo estoy recomiéndome; ha tenido que explorar todo el firmamento para identificar los quásares y fijar nuestra posición estelar usándolos como referencia. Luego ha inspeccionado el sistema, detectando y analizando los pozos de gravedad. Pero al cabo de mucho tiempo tintinea alegremente, informándome de que ya sabe dónde estamos.

Aparece el esquema del sistema solar delante de mí. Ocho planetas. El de Thuis tiene sólo seis. Siento cómo tengo un nudo en la garganta. Me parece que no estoy en el sistema estelar correcto.

—Alejar vista. Mostrar en contexto de sistemas próximos.

El ordenador muestra el mapa estelar, y marca nuestra posición con un punto amarillo que parpadea lentamente. Miro con atención. No reconozco ni una sola de las estrellas que muestra. Esto desde luego que no se parece a la constelación Dorada, que me conozco de memoria. Entonces alejo el mapa, para ampliar mi campo visual. Nada. Frunzo el ceño, y sigo alejando el mapa, ampliando la escala, hasta que la Vía Láctea entera llena la imagen. Me quedo mirando el punto amarillo, súbitamente consciente de dónde estoy. Busco la concentración de gas y polvo que nosotros llamamos el brazo Orión, dentro del brazo espiral de Sagitario, a medio camino entre el borde y el centro de la Vía Láctea. Sé que el sol está allí, a casi veintiocho mil años luz del centro de la galaxia. Comparo la distancia, usando los dedos. Luego me quedo mirando el mapa, espantada. Algo ha ido horriblemente mal. Me he desviado mucho de donde se supone que debía estar. Una órbita más extraña de la que papá nunca pudo imaginar.

Estoy a quince mil años luz de mi hogar.



<<<<>>>>